



Besos y más besos

Joan Bustos

Ilustraciones de Lirios Bou



algar

Primero os contaré cómo empezó todo

Pues creo que fue hace mucho tiempo, cuando yo tenía unos cuatro o cinco años.

Mamá y yo estábamos de vacaciones en un pueblo con playa, porque nos gustan mucho el mar y los helados. Y cada tarde, cuando ya no hacía mucho calor, íbamos a un parque que había cerca de nuestro hotel.

Allí, mientras yo jugaba en los columpios, ella se iba un poquito más adelante y encendía un cigarro cuando pensaba que ya no estaba mirándola. ¡Qué suerte que ahora ya lo haya dejado!

Una tarde de aquellas me aburría como una ostra, aunque no sé cómo lo hacen esos «moluscos bivalvos marinos», como diría Lucía, mi seño.

En el tobogán había que hacer cola mucho rato para tirarse; en los columpios había tres niños igualitos

(yo decía que eran *trollizos*, y no *trillizos*), y era mejor no acercarse al arenero, porque estaba plagado de cacas de perro. ¡Qué asquerosos! (Y lo digo por los dueños).

Entonces lo vi muy claro. Tenía que hacerlo. Tenía que vivir una aventura. Vamos, que me escapé.

Quería jugar a exploradores —mejor dicho, a explorador, porque era yo solo conmigo mismo—. Tenía una cantimplora llena de agua, una moneda de cincuenta céntimos y una gorra superchula con la visera al revés.

Tampoco me fui muy lejos, no os penséis. Lo justo para no perder de vista a mamá, que hacía ruedecitas con el humo del cigarro y luego se las comía —qué cosa más rara—, sin que ella me viera a mí.

La aventura duró poquito.

Me acerqué, sin saber por qué, a una ventana abierta que quedaba a mi altura. A la altura de un niño pequeño como yo. Un niño que en aquel momento todavía no sabía que era travieso y que ni siquiera conocía esa palabra.

Al lado de la ventana había apilados un montón de platos sucios. Muchos platos, y muy sucios. Una colección. Los podía oler. Y tocar.

Uno de aquellos platos era de color rosa. Rosa como la flor. O rosa tipo chicle de fresa, para que me entendáis.

Pues qué raro.

Eso pensé yo.

Qué raro.

A ver...

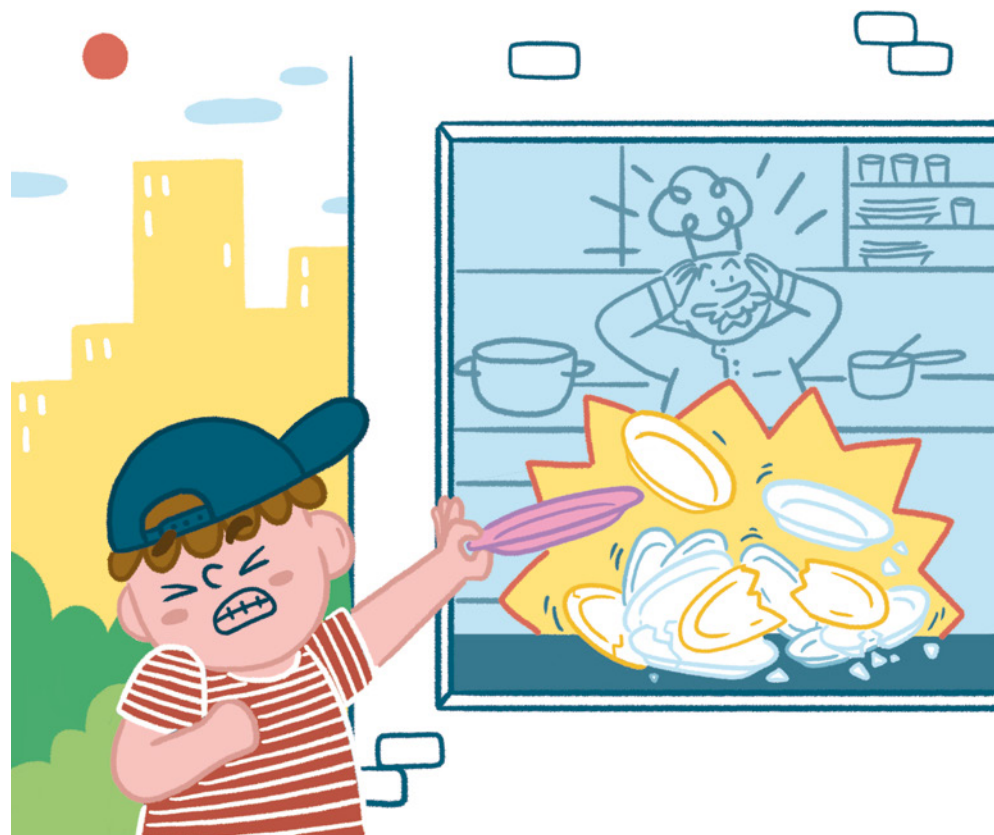
Empecé a tirar de él para verlo más de cerca.

El problema es que, cuando ya casi lo tenía en mis manos, el resto se cayeron. ¡Crac! ¡Paf! ¡Patapum!

¿Os podéis imaginar el destrozo, el jaleo que se armó y los gritos del dueño de aquella vajilla pegajosa?

Pues yo no pude, porque era pequeño, pero no tonto, y salí pitando al primer «¡me cago en to!» que soltó un pobre señor al que no le vi la cara.

Por si acaso.



Volví de mi primera y última expedición como explorador sin atreverme a mirar para atrás.

Mamá me esperaba en el parque.

¡Menuda cara!

Nunca la había visto así.

Seguro que no era por los platos. Ni por haberla visto fumando.

«¡Lucas! ¡Lucas Cierzo!», me gritaba, como si, en vez de estar uno al lado del otro, yo estuviera muy muy lejos, trabajando de explorador. A un kilómetro. O más.

Luego se calló de golpe y me abrazó con tanta fuerza que me hacía daño y no se daba cuenta.

Yo esperaba que me preguntara luego dónde había estado, si me lo había pasado bien explorando y si había visto muchos países. O que al menos me recibiera con un besito y se pusiera contenta por volver a verme.

Pero no, nada de eso. Me agarró de la mano y empezó a arrastrarme.

Entonces pasó lo que tenía que pasar.

Nunca sabré por qué, pero tenía que hacerlo.

Cerré los ojos, como cuando vas a soplar las velas del pastel de tu cumple, y empecé a gritar.

Sin pensar, sin respirar.

«¡Uaaah!».

¡El primer grito de mi carrera de gritador, o de grítón, como se diga!

No queráis saber la cara que puso mamá.

Pues eso.

Por si no os habéis enterado

Con los gritos de mamá de antes, a lo mejor no os habéis enterado del todo. Esto... Me llamo Lucas, Lucas Cierzo (el apellido va con una c y una z, ojo, no os equivoquéis).

Algunos dicen que soy un salvaje. Una bestia. Pero no porque sea peludo o tenga cuernos o alas.

Los que me llaman así lo hacen porque... porque a veces meto gritos.

Ya está, ya lo he dicho.

Pero tampoco suelto tantos, no os vayáis a pensar.

Me lo dicen tantas tantas veces que es como si lo tuviese grabado dentro de la cabeza. «Lucas: bestia». «Lucas: salvaje».

—¡Lucas, no seas animal! —me gritan.

¡Pues qué morro! Me piden que no chille..., ¡y me lo dicen chillando!